

**Discurso del Doctor Julio Portillo Fuenmayor, en la
Sesión Solemne de la Academia de Historia del Zulia,
con motivo del centenario del nacimiento de
Monseñor Mariano Parra León**

Maracaibo, 12 de junio del 2012, Salón del Trono, Palacio
Arzobispal

Extrañeza puede causar, el hecho de comenzar mis palabras, solicitando a todos los presentes que no califiquemos este acto como homenaje a Monseñor Mariano Parra León. Estaría amenazado esta noche de que me asombrara, porque justamente en un almuerzo en su honor en Caracas, auspiciado por la Fundación Zuliana para la Cultura, con motivo de sus cuarenta y ocho años de vida sacerdotal nos advirtió:

“Soy alérgico a los homenajes. Porque en oportunidades me parecen insinceros, elaborados para escalar cargos públicos, posiciones y prebendas y alimentar realidades engreídas y mediocridades consagradas. Cuando yo muera, quiero que mi cadáver no sea expuesto al público, porque no quiero ser pábulo de comentarios necios y entupidos. Que mi cadáver, donde quiera que se extinga mi vida, sea llevado a Maracaibo, para ser sepultado junto a mis padres y a mi hermano; para sentir de cerca aunque sea en huesos no más, el puro calor del inmenso amor que me profesó mi madre.

Que sobre mi urna no sea colocada la bandera de mi patria, porque si en vida no fui ni siquiera soldado, no quiero ser general después de muerto.

Que no haya homilía laudatoria durante los oficios religiosos que se recen sobre mi cadáver. Porque se que nadie se atrevería a proclamar mis inmensos defectos, y no quiero que se inventen virtudes que nunca tuve en mi vida y que afloran hipócritamente después de muerto. Los hago a todos Ustedes albaceas de este mi testamento”.

Este es apenas un rasgo de la condición humana, Señores, del hombre al cual debo referirme en esta intervención. El Concejo Municipal de Maracaibo y el Consejo Legislativo recordaron en actos semejantes llevados a cabo recientemente, este centenario que estamos conmemorando. No pretendo competir con los magníficos discursos que Monseñor Mariano Parra Sandoval, Obispo de Ciudad Guayana y el Dr. Jorge Sánchez Meleán, pronunciaron en esas ocasiones. Prefiero comenzar por destacar este lado humano de la personalidad de Monseñor Parra León. Pretendo con mis palabras, ser eco fiel de su personalidad, yo que quizás como ninguno le conocí muy de cerca, porque durante más de veinte años en sus viajes a Caracas se hospedó en mi residencia, me visitó especialmente en Río de Janeiro cuando me desempeñaba como Cónsul General y juntos elaboramos documentos que hicieron historia para Maracaibo y para Venezuela.

Todos sabemos que Mariano Parra León, nació en Los Puertos de Altigracia un 13 de agosto de 1911. En el Diccionario Ilustrado de Efemérides, encontré un extraordinario dato, ocurrido ese mismo día, que nos viene como anillo al dedo, para destacar lo que caracterizaba a nuestro paisano Obispo. En la escalinata de la Basílica de San Pedro en Roma es ascendido al solio pontificio Adriano VI, que se caracterizó por su austeridad y sencillez de costumbres, que eran justamente las virtudes que distinguirían a Mons. Parra.

Era hijo del médico cirujano Mariano Parra Paz y de María Nicasia León Rodríguez. Fue monaguillo de su Iglesia Parroquial Nuestra Señora de la Altigracia e ingresó al seminario en 1924. Se ordenó Sacerdote en 1933 y fue consagrado Obispo 1967. Durante su vida en el Zulia, fue Párroco en los Puertos, en la Basílica de Nuestra Señora de Chiquinquirá y en la Iglesia de Santa Bárbara aquí en Maracaibo. Profesor de la Escuela Normal Rafael María Baralt y de los Colegios Chiquinquirá y Gonzaga, Director

del Diario La Columna, Concejal por el Distrito Maracaibo y Presidente de la Asamblea Legislativa.

Pocos conocen y quizás por eso teníamos tanta afinidad, que la profesión que hubiese deseado seguir Monseñor Parra, era la de diplomático. Al respecto, le declaró al Diario El Nacional el 23 de septiembre de 1981:

“Mi deseo fue viajar a Roma para proseguir estudios en la Academia de Nobles Pontificios, para estudiar diplomacia pontificia. Era la escogencia que de mi persona había hecho el Nuncio del Papa en Venezuela, Monseñor Fernando Ochento,. Pero mi Obispo Monseñor Marcos Sergio Godoy Ochoa, no quiso que fuese a Roma, por una razón muy sencilla. El decía que después de mi regreso podía mostrarme muy soberbio y difícil de dominarme para enviarme de párroco. Por ello el Obispo y el Rector del Seminario, el jesuita Padre Evaristo Piñanza, decidieron más bien solicitarle al Papa que permitiera que a pesar de mis 22 años, me ordenaran sacerdote.

Setenta y ocho años después, el Zulia tendría un hijo su como el Primer Nuncio venezolano, Monseñor Edgar Peña Parra, hoy representante del Vaticano en Pakistán.

“Ni el Obispo, ni el Rector, sabían lo que les esperaba”, decía Monseñor Para, al Gobernador José Encarnación Serrano le dijeron que yo era comunista y desde entonces estoy fichado en el Ministerio de Relaciones Interiores y le pedí a un amigo, que me borrara eso en el Ministerio, pero no se sí pudo hacerlo”.

Monseñor Parra, Señores, era un hombre afable, pero directo, de naturaleza alegre y bromista, hizo una escogencia por los más pobres, porque más de una vez declaró que no se podía servir a dos señores y que cuando un Gobierno decreta unas medidas económicas y Fedecamaras se disgusta es porque las medidas son buenas (25 de julio de 1986, El Nacional).

No le fue fácil llegar a Obispo. El Presidente Raúl Leoní se opuso a ello. El conoció que el Papa Paulo VI lo había escogido como Obispo de Cumaná y al enterarse le preguntó al Nuncio: “¿Han procesado Ustedes mi vida? Yo soy ardiente, peleón. Enemigo de las injusticias y de todos los abandonos. Nadie puede decir que soy de un partido, porque no soy de ninguno. Mis hojitas parroquiales más de una vez fueron suspendidas. Durante la dictadura de Pérez Jiménez me llevaron a los tribunales. Porque soy alérgico a los gobiernos militares y se le ocurrió al déspota apoyar a un sacerdote apostata que había fundado una iglesia por su cuenta. Saqué a relucir la Ley de Patronato Eclesiástico y me hicieron comparecer ante el juez, pero salí absuelto”.

No iba a ser la única vez en su vida que debía enfrentarse a una dictadura, porque como se conoce fue hecho preso en Ecuador con 17 Obispos y sacerdotes por oponerse a los militares en agosto de 1976. En aquella ocasión al regresar a Maiquetía lo recibieron periodistas de todos los medios, algunos Obispos, otra vez era un personaje. Prefería, como él mismo decía, la sinceridad y la contundencia, a la prudencia y por ello generó muchas polémicas en sus 50 años de servicio a la Iglesia Católica. “Es necesario mantener la democracia, pero no puede Venezuela volver a entregar el poder a quienes lo han ejercido pésimamente. Hay que mandar con los mejores. Si el pueblo escogiera a los Ministros, habría hombres más limpios en el gobierno. Los aumentos de sueldo son una mascarada, una burla. Yo no paso agachado. Al pan, pan y al vino, vino”. “Yo soy enemigo de las reelecciones. Me gustan las caras nuevas, planes nuevas, ideas nuevas” (6 de mayo de 1977, El Nacional).

Cuando uno examina la vida de Monseñor Parra León, uno tiene que concluir que traspuso los umbrales de lo regional y se convirtió en un líder nacional. Era el Obispo de los sin voz y sin techo. Denunciaba el centralismo voraz y la vergüenza de los gobiernos importadores de alimentos con

una Venezuela, como él afirmaba, capaz de tener un gran desarrollo agrícola y pecuario y no perdía oportunidad para defender a los hacendados del Zulia, que según decía: le dan de comer con la producción de carne y de leche al resto de Venezuela. “Es una vergüenza el desabastecimiento, cómo es posible que naciones más pobres que la nuestra, que no tienen campos petroleros, nos estén enviando café, queso, azúcar, plátanos, huevos,, carne de res y caraotas. Aquí lo único que abunda son las condecoraciones y los grados militares, que se reparten a diestra y siniestra y con condecoraciones no se come, solamente se alimenta la vanidad. A mi no meten cuentos, porque yo voy a los mercados “.

Fustigó a los gobiernos rateros, a los políticos inmorales, pero también al pueblo al que decía “le gusta que lo engañen”. “El voto se emite a cambio de una lata de zinc, de una beca o de cualquier granjería. Es un intercambio mercantil. Es el país de los acomodados. Se le quiere echar la culpa de todo al imperialismo, pero con los líderes supuestamente revolucionarios, uno se asombra y avergüenza de su facilidad para adaptarse”.

Los políticos de las más diversas tendencias le guardan respeto. “Mariano, nunca escurrió el bulto. Es un contemporáneo del futuro”, decía el Doctor Jesús Ángel Paz Galárraga. “Tuvo siempre tres condiciones para la polémica –escribía Domingo Alberto Rangel-: hombre apasionadamente sincero, que vive las causas espirituales, con pasión de cruzado. Claridad mental y una excelente cultura. Era nuestro Profesor de latín y raíces griegas en el Instituto Maracaibo y era el más brillante. Tenía una delgadez mística pero inquieto, vivía su magisterio frente a sus discípulos con emoción militante. Sus clases eran un espectáculo. Sus deberes de Obispo no le hicieron olvidar sus condiciones de ciudadano. Era pastor de almas y jefe de reclamos. Yo diría que para darle a Monseñor Parra su auténtico e inalienable perfil diríamos que es una especie

de Pérez Alfonso tornado. Porque el Obispo de Cumaná es una de las conciencias que flotan sobre el naufragio”.

José Vicente Rangel en su columna Tiempo de Espera, como Víctor Vidal, escribió: “Mariano Parra León, ha vivido el sacerdocio con humildad. Ha sido sacerdote para estar junto al hombre. Para tomar partido con los humildes. Cada vez que habla es para denunciar la injusticia. Ha sido un pastor sin tregua y en vigilia permanente. El es un zuliano amplio, cordial y con sentido del humor”.

El Presidente Luís Herrera Campins al enterarse de su muerte declaró:

“Falleció en un accidente de tránsito como otros Obispos venezolanos, Monseñor Rafael Arias Blanco y Monseñor Paparoni. Parra León, fue un eminente prelado, fui su amigo desde hace 40 años, gran periodista, hombre combativo y de gran sensibilidad social, admiré su entereza y su gran capacidad crítica y aunque muchas veces atacó mi gobierno, le agradecí siempre su sinceridad”.

Uno de los políticos que admiró más Monseñor Parra León, fue Jóvito Villalba. “Cuando Jóvito dice una cosa –decía- es porque hay algo, es un gran hombre, un gran político y sobre todo un gran venezolano”. A pesar de los ataques de que fue víctima de parte de los dirigentes de Acción Democrática, llegó a decir del Maestro Luís Beltrán Prieto Figueroa que era un patrimonio nacional y que “no había dudas que Carlos Andrés Pérez, a quien más fustigó, era un político habilísimo. Se ha sabido mover por toda América. No fue mi amigo. Fue un excelente torero, que le saca magníficos lances hasta a su propio partido”. Calificaba a Héctor Mújica del Partido Comunista, como un valioso exponente del periodismo venezolano.

Para concluir esta visión de su óptica política, tenemos que recordar que su más excelente documento fue la Pastoral, que con motivo de los Quinientos Años del Descubrimiento

de América, escribió desde Cumaná en octubre de 1985. En ella nos advirtió catorce años antes, lo que se nos venía encima. Analizaba que mientras otros países del Continente llegaron a su endeudamiento por la vía de déficit acumulado y permanente, nuestra nación llegó a contraer su deuda externa por la vía del despilfarro, la mala administración y el robo de los dineros públicos. Denunciaba a los dirigentes de los partidos políticos que se habían convertido en pequeñas oligarquías de dirigentes iluminados y que esa especie de caudillismo nacional, tenía paralizada la vida local, pues los dirigentes regionales tenían que soportar los interminables procesos burocráticos en respuesta sus solicitudes. No quería una democracia reducida solamente al ámbito de los partidos políticos, porque ello creaba un clientelismo político, donde el carnet partidista valía más que los meritos personales. Le preocupaba que comenzara hablarse del éxodo de profesionales jóvenes, del peligro de colocar de lado la alternabilidad del poder. Basta de los mismos nombres y de la misma gente. Hay que dar paso a quienes tienen en mente otra Venezuela.

Le exasperaba la lentitud de la administración pública. Hay que tener cuidado con caer en una nueva tiranía. “La solución a nuestro cuadro social, no puede encontrarse en ensayos de gobiernos superados, especialmente dictaduras, al termino de las cuales, nuestros pueblos se encontraron siempre más hundidos y empobrecidos. Basta de nuevos empréstitos, que transcurridos los meses electorales nos dejan en peores condiciones que las actuales”.

Y todo ello lo proclamaba, cumpliendo las recomendaciones del Papa Juan Pablo II, que siempre le recordó a los Obispos predicar la Buena Nueva del Evangelio a los pueblos que sufren intensamente y desde largo tiempo y con valentía, valorando las implicaciones que comportaba la condición de un cristiano sincero.

Unida a su andariega agudeza para examinar la realidad política estaba sus dotes de gran tribuno. Yo me atrevería a decir, Señores, que si se hace una antología de la oratoria en el Zulia, Monseñor Mariano Parra León sobresale como ninguno. Ese arte en él, donde brillaron en la antigüedad Demóstenes y Cicerón y más cercano a nosotros Jorge Eliécer Gaitán, lo desarrolla con voz y gestualidad, Monseñor Parra León. Testigo fui de su persuasiva elocuencia, aquel 8 de septiembre de 1969, en la Plaza Bolívar, cuando pronunció su celebre discurso de los cuatrocientos años de la fundación de Maracaibo.

Embriagado de zulianidad dijo “Vengo peregrino del Oriente a esta mi inolvidable tierra a cantar las glorias de la ciudad de Maracaibo”. Nos hizo el más formidable recuento que yo he escuchado de todos los valores de Maracaibo. Su discurso, fue un latigazo para sacar a Maracaibo del marasmo al que la tenían sometida, gobiernos regionales que no se atrevían, de una vez por todas, a tener una agenda propia de progreso para la región, denunciado la ojeriza que siempre se alimentó desde Caracas contra el Zulia. Habló en esa oportunidad de carreteras intransitables, un puerto casi muerto, taladros sin movimiento, casas sucias y destartadas y se interrogaba lámpara en mano como un Diógenes, en medio de aquel sol que mantuvo durante dos horas a un pueblo de pie para escucharlo, dónde estaban el relevo de los hombres que habían levantado a Maracaibo con sus propias fuerzas, sin doblegar jamás las espaldas a quienes no han visto desde el poder central al Zulia, sino para exprimirlo y llevarse sus riquezas hacia la capital de la república.

Su verbo en esa ocasión era un oráculo. Con Udón Pérez repetía y repetía “Maracaibo mía, Maracaibo mía”. Culminó sus palabras diciendo con Héctor Cuenca “ No hay tierra, mejor que esta tierra, aquí el cielo es más azul que en

todas partes y el lago es una edición en miniatura de los lagos y océanos del mundo pero para uso solo nuestro”.

Con todo lo que hasta ahora hemos escuchado de nuestro Obispo recordado hoy, es de lamentar que Monseñor Mariano Parra León, no llegara a ocupar un Sillón como Individuo de Número de la Academia Nacional de Ciencias Políticas y Jurídicas, ni en la Academia Nacional de la Historia, él que fue además uno de los fundadores del Centro Histórico del Zulia. Pero no es de extrañar porque esas corporaciones se han convertido lamentablemente en recintos cerrados para quienes residen en la capital de la república y recientemente se han rechazado absurdamente las postulaciones de dos integrantes de la Academia de Historia del Zulia para la Academia Nacional de la Historia, argumentando que esos sillones están reservados exclusivamente para quienes egresen como Licenciados en Historia de la Universidad Central de Venezuela y por el atrevimiento que tuvimos los zulianos de crear un Panteón Regional para nuestros grandes y haber convertido el Centro Histórico en Academia.

Nos traiciona el regionalismo zuliano que llevamos todos dentro de una u otra forma, al circunscribir la vida de Monseñor Parra León a lo que respecta a lo nuestro, cuando su corazón no era otra cosa que un péndulo que oscilaba entre el Zulia y Sucre. Su vida sacerdotal la vivió intensamente. A propósito de sus cincuenta años de sacerdote con 72 años de edad, la Diócesis de Cumaná hizo un inventario extraordinario de su labor como pastor. Realizó 77 visitas pastorales, edificó trece templos, creó dieciséis parroquias, construyó el Monasterio de las Carmelitas descalzas, el edificio del Seminario Mayor, el Complejo Cultural Diocesano y no hubo navidad, ni semana santa en que no se dirigiera mediante homilías, mensajes pastorales o exhortaciones al pueblo del Estado Sucre.

Recomendaba a sus sacerdotes gastar su vida y hasta dar su sangre por heterogéneos caminos; “estamos al servicio de los bautizados, tenemos que conocer a profundidad el hombre de nuestro siglo, hablar su lenguaje, entusiasmarse con sus glorias, con sus aventuras y sus riesgos, compartir sus congojas y tristezas y vivir sus alegrías y esperanzas. El sacerdote tiene que actuar fuera del recinto enmohecido de las sacristías. Nosotros no podemos presidir entierros, celebrar funerales o dirigir procesiones, como si fuéramos funcionarios públicos, prefectos o jefes de policía. No me gustan los sacerdotes empresarios, nosotros lo que somos es puente de unión entre Dios y los hombres.

Aquel es un concepto alienante y deprimente del sacerdocio. No quiero sacerdotes resentidos, ni iluminados. Hemos escogido el sacerdocio para trabajar y luchar por Cristo. Y como dijo Juan Pablo II “ajustamos nuestra personalidad a la línea de la voluntad de Dios”. En enero de 1981 abolió los estipendios por la celebración de las Misas. “Basta de la pregunta que se nos ha venido haciendo por siglos: “¿cuánto vale una Misa? Hay católicos que en base a eso quieren disponer de esa celebración y nos dicen “la quiero tal día”, “la quiero a tal hora”, “con reclinatorios, muchas velas y bastante humo de incienso”. Los católicos tienen que saber que el culto cuesta y deben ayudar a sus sacerdotes. Las comunidades que no quieran ayudar a sus sacerdotes en sus necesidades, sepan que el Obispo está dispuesto a retirárselos. Pero diré que se trata de una comunidad pichirre y mezquina. Pueblo sin sacerdote, es un pueblo muerto en lo material y en lo espiritual”.

En la navidad de 1985 anunció que según el Canon 401 del Código de Derecho Canónico se retiraría por haber cumplido 75 años de edad, después de diecinueve años de servicios a la Diócesis de Cumaná. Se regresaba a Maracaibo. Visitando a sus antiguos amigos y discípulos, volvían a salir a la luz pública sus innumerables anécdotas.

Venía el reposo del guerrero. Había visitado a Canadá, Italia, España, México, Brasil, Colombia y la República Dominicana. En esta última, fue el celebrante principal en la Iglesia de Higüey, provincia donde está la patrona de Quisqueya, Nuestra Señora de la Altagracia y allá recordó que habían sido inmigrantes dominicanos venidos a Los Puertos de Altagracia los que habían traído al Zulia esta advocación de la Virgen María en 1801.

¿Es verdad Monseñor, lo que Usted le cobró a Luís? Se decía que un monaguillo deslenguado había hecho correr un rumor incierto que al encontrarlo en la sacristía besándose con una mujer, le dio cien bolívares para que no lo dijera. Entonces, prendió su carro studebaker y lo fue a buscar a una cañada donde jugaba béisbol: “Luís, sin vergüenza, devolvedme los cien bolívares, porque lo dijiste, lengua larga”. O aquella versión, según la cual un sacerdote Canónigo le tocó la puerta a las doce de la noche exigiéndole su sueldo porque era treinta del mes. Lo esperó al mes siguiente a la misma hora de la media noche y lo tuvo hasta las seis de la mañana contando cobritos de a cinco céntimos, alegando que esa era moneda venezolana de curso legal y que él estaba en su derecho de cancelar lo reclamado de esa forma.

Un desalmado hubo de enviar panfletos desprestigiando a un grupo de zulianos y entre ellos a mí. Hube de preguntarle a Monseñor ¿cómo se defiende uno de un anonimo? Y me respondió: de dos maneras; si conocéis al autor, en el sur del lago lo mandan a matar, pero yo te recomiendo que se lo dejéis a Dios, porque al nombrarlo vengador tuyo, veréis en lo que va a terminar ese canalla. Te habla quien ha sido “aplaudido e insultado, blanco de vilipendios, pero aquí estoy con los zapatos llenos de polvo de lo senderos que he andado.” Y así lo hice, se lo dejé a Dios. Era el “cuchillito de palo” de que hablaba Monseñor Parra, que nada tiene que ver con la llamada daga “la

fatigosa” de los colombianos, sino la indiferencia con los que te ofenden.

Ya para concluir, debo referirme al momento de su muerte. Una noche aciaga del 26 de enero de 1989, víctima de un pique macabro de vehículos conducidos por dos jóvenes hijos de ricachones, que después uno de ellos huyó del país, murió Monseñor Parra León, aquí en la avenida 12 de Maracaibo. El golpe que acabó con su vida debió ser inmenso. El vehículo que se estrelló contra su humanidad desarrollaba una velocidad de 150 km por hora. El Padre José Palmar fue el primer en llegar al lugar del accidente y abrazarlo, recoger su anillo y pectoral.

Con sólo examinar las invitaciones al entierro de todos los poderes públicos, de la Academia de Historia del Zulia y de las Academias Nacionales, de casi todos los Concejos Municipales, de la Gobernación y la Asamblea Legislativa del Zulia, de la Sociedad Bolivariana, las Fuerzas Armadas, la Universidad del Zulia, el Episcopado Nacional, Empresas Privadas, concluye uno que aquel fallecimiento había estremecido el alma nacional venezolana.

El Rector Oscar Belloso dijo: “Hemos perdido un hermano, un amigo, un consejero y un luchador por el Zulia”. El Doctor Pedro Iturbe recordaba su lucha a favor del antituberculoso y afirmaba que su imagen, su recuerdo y su trayectoria demuestra que si existe una vocación de servicio y amor por el prójimo”. La Rectora de la Universidad del Zulia, Dra. Imelda Rincón de Maldonado expresó su inmenso pesar y ordenó inmediatamente recopilar y publicar las memorias de Monseñor Parra, por cuenta de nuestra Alma Mater.

El Padre Gustavo Ocando Yamarte que tuvo a su cargo el discurso de despedida dijo: “Hoy es el día de la vida, no de la muerte, se nos va uno de los hijos más grandes que ha tenido el Zulia”.

El Diputado Luís Hómez, declaró a la prensa: “Estamos golpeados, no solo por la forma absurda en que se ha

producido esta muerte, sino porque hemos perdido un gran zuliano que había conquistado nuestros corazones. Recordó además que en 1971, Monseñor Parra, había escrito un informe altamente crítico del Poder Judicial en el Zulia”.

El joven Padre Jesús Chulique Hernández, hoy Vicario General de la Arquidiócesis, interpretó a la juventud zuliana al declarar “Deja un legado de lucha para las futuras generaciones”.

De la Costa Oriental del Lago, vinieron espontáneamente autobuses llenos de estudiantes, trabajadores, comunidades eclesiales, para despedir sus restos mortales. Durante un juego de béisbol, aquella infausta noche, se publicó en el tablero del score, la noticia de que había muerto Monseñor Parra León y el juego se paralizó unos minutos y hubo un silencio general en el estadium.

La Catedral de Maracaibo, en cuyo altar mayor fue enterrado, estaba repleta de gente. Una viejita lloraba inconsolable y decía: “es uno de los hombres con más sensibilidad humana que he conocido”.

Al chofer de Monseñor Parra lo amenazaron para que se declarara culpable. El Ministro de Justicia le impuso la Orden Andrés Bello, post mortem. Uno de sus discípulos más queridos, Monseñor Roberto Lückert, hoy Arzobispo de Coro, no podía contener sus lágrimas. Hasta el Comité Central del Partido Comunista le expresó a la Iglesia Católica su pesar por la pérdida de este gran venezolano.

Monseñor Domingo Roa Pérez, Arzobispo de Maracaibo, muy afligido, no escatimó ningún detalle para que las honras fúnebres tuvieran toda la solemnidad de aquella hora y casi sin voz dijo “Fue un eminente párroco y un gran Obispo”. Los redobles de campanas de las Iglesias del centro de Maracaibo, despedían a un verdadero gladiador de las mejores luchas por el progreso del Zulia.

No quisiera terminar sin transcribir y leer para Ustedes una formidable carta que escribió en mayo de 1982 a la Doctora Carmen Adela López de La Roche, porque ella un resumen auténtico de él mismo de lo que fue su vida:

“Debo decirte, querida Carmen Adela, que no pocas veces he pensado y reflexionado muy profundamente sobre mi larga vida, tan comprometida, tan discutida, tan debatida y pienso que podría complacer y halagar a todos, pero ello significaría renunciar a mis principios, a la lealtad a mis ideales. No pocas veces me siento decaer y hasta comenzar una vida nueva. Pero no, como soy moriré. Como tú dices, no se puede fundamentar la moral en la parte baja del vientre, olvidando el cuerpo social de los seres humanos. En mis años de seminario y en mi juventud sacerdotal jamás pensé que yo iba a tener tantas aventuras y desventuras. Yo se que tuviera a mi favor, sino fuera como soy, a mucha gente. He cometido errores, pero por encima de todo está mi fe y mi sacerdocio. Soy una espina muy punzante, aunque te confieso que la vejez que ya me cae encima me hace no pocas veces ser prudente y callado, pero me revuelvo por dentro”.

Concluyo entonces esta elevada misión que me encomendaron los Ilustres Miembros de la Academia de Historia del Zulia, que son centinelas vigilantes de la memoria de la región, diciendo con Manuel del Cabral que “Hay muertos que van subiendo cuanto mas su ataúd baja”. Si como dice el Evangelio, la palabra es vida, con este otro análisis de su existencia, hemos vuelto a la vida a Monseñor Mariano Parra León. De él aprendimos lo que es el honor, la dignidad, el coraje y sobre todo el sentido de la trascendencia.